

El coche del cura.

¿Pero qué se creen los popes de la logia católica, que van a durar siempre sus dogmas re-venidos? ¿Se creen que no se van a acabar de morir nunca? ¿Piensan que la próxima generación de su secta va a seguir empeñada en la ventimononia? Pues ya les vale. De entrada, al cónclave actual poco les queda para palmar todos. Ley de vida. Actus gloriosus suos conclusos sum y a tomar por culum vam. Y después, no está tan claro que sean capaces de formar una nueva banda que siga el rollo macareno, y menos aún de formar dos relevos. O sea que no hay mal que cien años dure. Y lo suyo ha durado dos mil pero algo me dice que ahora, en cuarenta añitos... Cuando los curas que hoy tienen treinta se hagan con el mando... Porque hay muchísimo delfín opusgrista pero hay más que, aunque pánfilos, son, más que malos, bobos que, más bien colgaos, sin querer se van impregnando del aire de los tiempos. Recuerdo por ejemplo un caso no de cura pero de joven cristiano de base que conocí. Un activista de esos que iban detrás del Juan Pablo II en sus viajes por el mundo. Esa recua de mocerío internacional que arrastraba con él haciendo bulto y cantando esas canciones naif que cantaban con aire festivo y de cristiana convivencia al hacer apostolado, y, este desde luego, aprovechando para hacerse encular por todo cristiano que se pusiera a tiro en el alborozo del amor y la concordia del ambiente. Lo conocí en una playa nudista y apartada que hay en el Barranco y desde entonces, corría el año 90, no pude dejar de pensar en cuántos de los que conformaban esa mara seguidora del pontífice serían como él. A lo mejor por ahí iba la

explicación de que llegaran a ser tantos y estuvieran tan contentos de ser como eran y tuvieran esa cara de felicidad beatífica cuando salían en la tele. Andaría por los veintitantos y de cuerpo era un tiarrón bien constituido, musculoso y velludo, con un señor rabo, bien parecido y de aspecto de magrebí renegrío, como tantos españolitos. El prototipo de lo machuno. Su colega era mayor que él, rubiales, más pequeñajo, delgadillo, espídico y una perfecta loca escandalosa. Durante los primeros días en los que coincidimos en pelotas en la playa pensé que eran la típica maricona andalusí y su chulo moro. Pero pronto iba a ver lo confundido que estaba porque cuando entablamos conversación, de que abrió la boca, quedó claro que el moro era un producto nacional y tan señora como el otro. O más. Ocurrió a los pocos días. Desde el principio estuvieron buscando la forma y manera de pegar la hebra y no paraban, sobre todo el mayor, de hacer alharacas plumeras y dirigirse al otro en voz alta o a gritos buscando meter mi grupo en su conversación. A los dos o tres días de encuentros atacó directamente. Las medusas fueron la excusa. Ese año había y había que controlar si se podía uno meter al agua o no cada vez que se iba al agua.

-¡¿Hay meduzaaaahhh?! ¡Mira zi hay meduzaaahhh!- decía el delgadillo a gritos al otro que estaba a punto de meterse en el agua.- ¡Maricón, dime zi hay meduzah o no hay meduzaaah, que ademáh de maricón ereh zorda!- seguía gritándole a él y mirándonos a nosotros-. Na, que no me oye el maricón.

Por fin acabó acercándose a nosotros para enseñarnos los cojones marcados por las cicatrices del picotazo que había sufrido días antes.

-...Fíhate, fíhate como lo tengo todavía. Ahora, que ya ze m'arreglao- decía arremangándose las pelotas para enseñarnos bien la zona afectada-, pero lo he tenido en carne viva to ehto, y m'ha quedao un miedooo... ¡Qué mireh zi hay meduzaaaaahhhh! Nada, ehte ni z'entera. Le tenía que picá una máh gorda que la que me picó a mí. Aunque menoh mal que no ehtaba yo zólo que zi no.... Zi no llega a ehtá Huanantonio y me lleva al ambulatorio...

El otro salió del agua y se unió a la conversación mientras se secaba con la toalla que había recogido de paso por el sitio donde estaban. El parlanchín hizo las presentaciones y luego siguieron cotorreando sin parar sin dejarnos decir ni pio hasta que nos fuimos.

-...me quedo zin güevoh y m'hago travehti d'una veh. Bueno, yo me llamo Anhel y ehte mariconazo Huanantonio, que diréih, ¿y quieneh zon ehte par de mariconah que no paran de chillar?, pueh ya lo zabéih. Yo vengo de Graná y trabajo de radiólogo y ehte vive en el pueblo d'al lao y todavía vive con su madre y hace to lo que su madre quiera y siempre ehta con zu madre y zu madre y que zi zu madre ehto y que zi zu madre lo otro, que todavía no ha zalío de lah fardah de zu madre ¡Maricón a ve cuando dehah a tu madre d'una veh y t'haceh un hombre! ¡Uhhh, un hombreee! jajajaja. Uhhh lo que m'ha zalío...

-¿Pueh y por qué no voy a ehtá con mi madre? Oye está todo el día con que si ehtoy con mi madre o no ehtoy con mi madre venga dándole que te pego, como zi ezo fuera argo malo ¿Pues con quién voy a ehtá mehó?, zi ella eh la que máh me quiere y me cuida y no ze mete en na de lo que yo haga...

-Maricón, pueh entonceh por qué no le diceh lo maricón qu'ereh, qu'ehtáh cagao de que z'entere, tol rato ay, qu'eh mu tarde que me tengo que ir a casa que luego mi madre.. Y el mu maricón bien que se jarta follá con unoh y con otroh en el cuarto ohcuro y aluego ze va con zu madre como zi no hubiera roto un plato. Y va el niño jarto pollah. ¿O no he verdá, maricón?

-Y a ti qué te importa lo que yo haga y zi eh verdá o no eh verdá. Yo me voy con quién me da la gana. Lo que te paza eh que te da envidia de que el de la otra noche en Málaga se viniera conmigo, pero eh que a él no le guhtaban lah locah qu'ezo eh lo qu'ereh una loca perdía.

-Mira el maricón... que yo zoy una loca. Pueh a mucha honra que yo no m'he ehcondío nunca en mi vía pa jacé lo qu'he querío que no zoy un maricón reprimío de igelesia como tú, que ehtáh tol rato con loh curah y con el Papa ¿Por qué no ze la mamah al Papa, que'eh lo que te guhtaría? Zí, vozotroh no lo zabéih pero ehte eh de un grupo d'ezoh...¿como ze llama maricón?,... d'ezoh que van detráh del Papa tol rato cantándole cancioneh... Loh mu mariconeh. Ze jartan de follá loh unoh con loh otroh y luego ze van a lah mizah ezah del... ¿dónde eh donde hah ehtao el meh pazao...? A ehtao en Méhico, pero dónde decíah que había zio la miza...

-Pueh claro que zí, envidia que te da de no poder hacel-lo. Por todo Méhico he ehtao con mi grupo y el año que viene me voy a Portugal. Bien bonito que ha sido y mu bien que me lo he pazao, la convivencia y el amor en cristo... y Había un chaval que era italiano que ehtaba...

-Ezo eh lo te guhta a ti y no el amor en crihto, maricón. El amor en crihto, ¡lah pollah

que t'habran metío, ezo eh lo que te tiene a ti enamorao!

-Pueh, ¿por qué no? envidia que te da.

-¿A mí envidia d'ezo? ¡A mi no m'han guhtao nunca loh curah ni na d'ezo, que lo zepah! ¡Eza hente eh una farza y una mala, que zon loh peoreh, que ze jartan de follá y luego van a cantá a la misa criticando...

-¿Y a ti que máh te da?

-¡Pueh porque dicen que ezo eh pecao y que loh mariconeh van al infierno y luego ehtáih toh venga a darle a la mandanga zin parar, que zoih unoh hipócritah y unoh farzoh!

-¿Y por que voy a tener que ir yo al infierno por eso?, si eso es amor.

-¡Pues por que eh lo dice tu Papa, maricón, que vah a ir al infierno de cabeza por maricón, ¿o eh que no lo zabeh?!

-Ezo lo dicen porque tienen que decirlo pero nadie va a ir al infierno por ezo. Ezo lo zabemoh todoh. En todo caso tú, que no haceh máh que guarreríaah.

-Mira el maricón, que yo hago guarreríaah, ¡y tú, que no parah de mamal-la!, ¿o eh que te creh que no lo zé? y luego te vah a confezá ¿Qué te dice el cura cuando le diceh que ze l'hah mamao a un tío?

-Lo que a ti no te importa, maricón.

-no me importa, no me importa, a ver cuándo te encuentras con un buen macho que te ponga bien y ze te quita eza manía...

Fue todo un espectáculo. Hablaron entre ellos en un diálogo cerrado y rápido que no nos daba opción a decir nada pero dirigiéndose a nosotros en cada palabra y en cada pregunta que se hacían, sometiéndolas a nuestra opinión inexistente y muda, razonando ante nuestro silencio

pero para nosotros, que no podíamos salir del asombro ante la detallada información de sus vidas que nos estaban dando a torrentes. Y no pararon hasta que nos fuimos. Esa noche pasamos mucho tiempo recordando el diálogo y riéndonos con los detalles, y, después de eso, nunca he podido dejar de pensar en aquel tío cada vez que salía el Juan Pablo con su séquito juvenil cristiano ¿Qué tanto por ciento de esa legión eran en definitiva más o menos Huanantonios? ¿Cuántas mamadas se hacían efectivas como natural efecto de esas concentraciones de gozo y convivencia santa en un ambiente de por sí proclive al sexo homosexual? Normal. No era nada nuevo. Siempre había sido así. Desde los monasterios medievales hasta los ejercicios espirituales del pasado siglo. Pero ahora había algo que había cambiado. Algo cuantitativo. Parecía como si en el fondo, ahora, lo que se hiciera se hiciese más alegremente, con menos miedo a ser descubierto. Tanto que hasta que se podía contar, no sólo sin cautela sino que alegremente, con pelos y señales escabrosos resumidos con un despreocupado por qué no. Si al final eso no es pecado. En cierto sector de cierta base del rebaño de los Padres de la Iglesia. Esa que hace poco en Alemania ha dado saltitos junto con los obispos al grito de un bote dos botes ateo el que no bote.

Después están los propios curas. En realidad es uno de ellos el que me ha puesto a escribir estas líneas. Es el cura actual del Barranco. Lleva ya por lo menos un par de años y está durando mucho, porque hace ya tiempo que no existe esa figura estable del cura de pueblo que todo lo sabe todo lo huele y todo lo censura. Ahora ese perfil es diferente. De entrada no hay dios que quiera serlo. Los poco curas jóvenes que la curia

consigue atrapar no quieren ni pa dios venir a un pueblo a pasar su tiempo. Así que pasa como con los maestros, los médicos y demás. Que son de quita y pon. De vengo porque no he conseguido la antigüedad o el beneplácito suficiente para conseguir plaza en otra parte. Y eso es ya determinante a la hora de ejercer el control del rebaño de base. Debido a la escasez tampoco están en un solo pueblo sino que atienden a varios. Y con frecuencia son sudamericanos. Sí, el sacerdocio es una de las ramas laborales que más mano de obra inmigrante está demandando y, pese al gesto arrugao de los feligreses pueblerinos, cada vez hay más cura sudaca, que pueden venir contagiados del rollo ese de la liberación. La última misa a que asistí, con ocasión del entierro de mi madre, en un pueblecito de la mancha montaraz, fue uno de estos el que ofició la misa con muchos tics latinoamericanos en el ritual. Un peculiar acento, una dulzona entonación, y un marcado sabor indígena en la liturgia, que sin duda chocaban a la sobria mente castellana. Encima, el monaguillo, era el tonto del pueblo. Este con un tipo de tontería muy marcada, tanto en la cara encuadrada en las orejas demasiado puntiagudas y de expresión más bien babosa, como en el comportamiento que mantenía en su forma de estar al ejercer su puesto. Al principio, antes de que llegara el cura, que se retrasaba por otro rito en otro pueblo y que se tendría que ir a toda pastilla a otro nada más acabar con lo de mi madre, se encargaba de recibir a la gente, dándole la mano y una especie de chocante bienvenida. Yo, más ocupado en mi dolor que en el culto absurdo que se iba a celebrar, creía que era el típico tonto que habían dejado entrar allí y que andaba de aquí para allá en el altar porque nadie se de-

cidía a reprimirle en su libertad de movimientos. Bien andaríamos si no rompía algo o la armaba de alguna manera, pensé. Daba el pésame a quién pillaba y decía que el cura venía ahora o cosas así en forma que resultaba extrañamente desagradable. Y entretanto alisaba el mantel o ponía mas allá o más acá el jarrón con las flores. Me dije que el destino quería poner una nota cómica en el momento trágico que me tocaba vivir. Cuando llegó el cura vi que se metía con él en la sacristía y que salía luego tras suyo en el papel de acólito total que debía de haberle enseñado y que él se empeñaba en desarrollar con una seriedad que denotaba la exageración del tonto, que se empeña en hacer las cosas serias propuesto a no defraudar a quien le la ha dado la ocasión de hacer algo que debería hacer uno normal. Algunos momentos tuvo no obstante cuelgues. Como quedarse dándole a la campanilla más de la cuenta y con más euforia de lo deseable hasta que el cura le indicó con un gesto convenido y tajante que dejara eso y se fuera por el platillo de las cosas de consagrar o no me acuerdo qué otra cosa parecida.

Nada que ver estos curas con aquellos ensotanados de mi infancia que iban por ahí dando a besar a los niños la mano con la que se hacían las pajas y bendecían las hostias. Aquella losa ya no pesa sobre la sociedad. Los de ahora son variopintos y a menudo involuntariamente extravagantes. En cualquier caso mucho más inofensivos y desde luego carentes por completo de autoridad.

Si repaso la lista de curas que han pasado por el barranco en los últimos veinte años... Estuvo aquel que vino a casa a hacer apostolado y salió borracho y medio convencido por Domingo, de educación luterana, de que a lo mejor era lo mejor que los curas se casaran. Pero a aquel de to-

dos modos le iban más los plátanos que el fruto de la higuera y se ponía hecho un flan de gelatina en el contacto con el mocerío masculino y rudo de la tierra. Luego estuvo el que era antropólogo y estaba haciendo la tesis sobre la religión en los hombres de las tribus. Ese se pasaba todo el tiempo libre con el ordenador metido en sus teorías... parece ser que a alguien le confesó durante una borrachera, que él sobre todo estaba en ese rollo más que nada por acabar la carrera... Ah, y luego vinieron esos que eran dos, jovencillos, que vivían juntos en una casa de un pueblo cercano y se repartían el trabajo por los pueblos como buenos condiscípulos. Aquellos es probable que fueran algo más que copárrocos. Tenían sus buenos coches, equipados con lo último en audio, eran modernos de look, siempre juntos... Yo podría haberles confundido con una parejita de Chueca. Seguramente habrá habido más que ahora no recuerdo o que ni siquiera he conocido, porque eso últimamente cambia... Pero hace unos años que está este que me he encontrado hoy en la carretera. Algo en él ha hecho clic en mi cabeza al cruzarme con él que me ha hecho ver la debacle irremediable de la episcopalidad. Qué. No sé. Ha sido una mezcla de su cara de simplón y cómo iba conduciendo. Aunque muy joven tiene todo del aspecto del carroza precoz. Gordinflácido. Calvorota. Con aspecto de pez cabezón con gafas. Se dirigía desde el pueblo vecino, en el que acababa de decir misa, al mío al que iba a decirlo. Sí, ha sido su forma de ir con su expresión de veloz deleite conduciendo su flamante coche, de una marca vulgar y común entre la masa de jóvenes solteros de la clase media actual, no sé cual, una de tantas. Pero resaltaba que había ido a elegir entre todas precisamente una de esas que

tienen quizás un diseño especialmente referido a evocar lo deportivo y lo sensual. Dirigida a ese tipo de consumidor célibe que pretende proclamar su rollo casquivano y ligón, y que no puede comprarse un Porsche. Remarcado en su caso por un color rojo muy vivo y ardiente. Y ahí iba el tío con su cara de velocidad tras sus gafas de sol graduadas y disain a cumplir su trabajo pastoral con las viejas, pecando quizás de pensamiento lo que nunca podría pecar de obra por las condiciones físicas y síquicas de su configuración.

Yo no he hablado más que una vez con él pero me resultó sorprendente. fue en la madrugada de las fiestas patronales. Yo había bajado a tomar una copa a la barra de la verbena y allí me engancho el Chino hecho una cuba y no me soltaba ni un momento con su cháchara de alcohólico total.

Entonces llegó él. "¡Hombre, el parroco!" dijo el Chino con dicción babosa. "Ehte eh un borrachín", me aclaraba a mí delante de él, "mu buena hente, pero un borrachín ¡Pero de loh grandeh! Zi hombre ¡Borrachín, que ereh un borrachín!", le decía, "...tómame un cubata, ¡eh, camarero, ponle un cubata aquí al parroco!, jajaja... No, pero eh un tío enrollao ¡Borrachín!"

Él sonreía con expresión beatífica de pez sonriente tras sus gafas gruesas y no decía nada. Yo no tenía ni idea de quién era el cura del pueblo y me dije mirándole a mi lado, joder, ya tendría gracia que fuera este el de ahora. Pero deseché la idea pensando que eso de parroco, con el acento en la o de antes de la c, sería una especie de mote por parte del Chino. No podía ser una cosa así en el cargo de cura. Me dije de no hablar porque me podía ver atrapado además de por la borrachera del Chino, por un engendro raro que

lo mismo resultaba hasta peor. Y dejé de pensar en ello aunque de vez en cuando algo me decía, joder, que sí, que va a resultar siendo el cura aunque parezca mentira. Hay que ver cómo evoluciona el oficio. Tendría gracia.

En aquel momento, al fondo de la plaza, subieron al escenario dos niñas de no más de doce añitos, vestidas ellas muy de vestido clásico de fiesta patronal. Estaban rifando un cuadro y unas cerámicas para recaudar fondo para no sé que tipo de construcción religiosa y habían pedido una mano inocente para sacar los números premiados y habían subido las dos niñas azaradas, envueltas en sus vestiditos pastel, con sus almidonados vuelos rematados de puntilla, sus lazos traseros y enormes, y sus calcetinitos blancos. Entonces me dijo él, cubata en mano, con la mirada perdida en el escenario, con aire alegre y espontáneo de tópica complicidad: "Manos inocentes dicen, pues esas dos son buenas para que las sacara el Chicho en la tele, ¿que no?."

Yo me quedé sorprendido. Se referiría a Chicho Ibañez Serrador y a su coro de jovencitas picaronas, que ligeras de ropa cantaban alrededor de él eso de, madre chicho me mata me mata me mata... y habían sido la delicia de los viejos verdes hasta hacía poco en su programa semanal de la televisión. Le observé buscando sentimientos, pero aunque sus ojos enfocaban con precisión el escenario carecían de cualquier expresión anímica, como los de los teleósteos ¿Sería de verdad el cura? Si resultaba serlo me estaba perdiendo una ocasión de hablar con él y hacer impagable conocimiento de todo un personaje. Y en ese momento vio a alguna otra fuerza viva del pueblo y diciéndome que se iba a saludar un momento a esas personas se alejó unos pasos y rompió el

contacto conmigo para siempre. Justo cuando comprendí que efectivamente, no cabía duda, debía ser el cura casi que seguramente.

Mi perplejidad duró un buen rato y dura cada vez que me acuerdo de sus palabras ¿Pedofilia refleja? ¿Intentos de caer gracioso? ¿Peculiar forma de apostolear entre la parte masculina del rebaño? En cualquier caso una locución un poco fuera de la idea oficial de sacerdote. Pero así anda el clero. Y de entre ese clero tendrán que salir los futuros conclaves. Claro que están también los otros, los ladinos, los que no pierden comba, los que no dan un paso sin pensar en prosperar. Los que sin que se pueda decir que son más listos resulta que son más hábiles para pillar cargo. Los trepas. Los de a dios rogando y con el mazo dando y pacto con Satán por conseguir el puesto. Los que viven sólo para eso. Son menos, desde luego, pero sabido es que pertenecen a la especie de los Abundiuns Carcuñaceus, y esa es la mejor dotada para la lucha burocrática y donde se metan acaban copando los cargos de la dirección.

Pero aún así. De cualquier modo. Incluso esos retrógrados benditos van a cambiar el rollo precisamente para poder seguir chupando de la divina teta. Primero será lo de que se case el clero y que las mujeres puedan ser de entrada sacerdotas y por fin hasta papisas. Luego, si no hay una involución social a la barbarie, algo se permitirá en relación a la homosexualidad. De hecho ya hay iglesias cristianas que tienen curas gays casados entre sí y ante dios por el rito y la jerarquía de la propia congregación religiosa. También acabará la Católica tragándose ese sapo. Ojalá no fuera así, porque eso acercaría el fin de su dominio. Y no puedo imaginar mejor maravilla que un mundo libre de esa tara. Un mundo sin

iglesias, donde cada individuo tuviera la suya verdadera. La gloria en la tierra. Pero eso, ahora, es todavía una utopía. El Cosmos quiera que sea un día realidad. Amén.

Enrique López
enriquelopez@elbarrancario.com